

## La Estrella y el Laberinto

Por Fernando Díez de Medina

Sucede que transcurres conducido por una estrella y como extraviado en el laberinto. Ella nunca te abandona. El te desorienta siempre. Te sientes guiado, crees dirigir tus pasos, pero duda y desconfianza te acosan sin cesar. El hombre que brota en madurez de experiencias, descubre la magia de su encontrado itinerario: pensándose brújula, era en verdad juguete vano. Si los látigos de la contradicción y lo inesperado lo hacen vacilar, al punto restaura el equilibrio una luz lejana que endereza sus desvíos.

Estás solo y tienes compañía. Es el reino de lo incomprensible.

Mas aun lo que aparenta incomprensible sube su oscura escala con gracia contenida. Todo debe ser, necesariamente, así. Tardas en entenderlo porque nadie nació para conductor infalible ni estratega de vidas. La sorpresa, lo imprevisto esculpen vida y persona. Actor y espectador —juez finalmente— caminan con ritmos desiguales; y también esto es parte de esa secreta geometría que te construye en marcha hacia un levante perplejo.

Vida, mundo, seres: enigmas sempiternos. ¿Por qué habría de ser más accesible el misterio de tu destino?

Querías crecer en participación con los demás y te relegaron a la soledad del mago. Encumbran silencio y aislamiento; pero tu buscaste diálogo, dicha compartida. Te aproximaste y fuiste rechazado. Ser viste sin ser comprendido. Atabas cabos que se deshacían solos. Las grandes metas ideales de la juventud se fueron desvaneciendo al calor de la fricción humana. Jefe, guía, animador, amigo activo se fundieron en noble soledad.

¡Qué distancia del tiempo pretérito a la madura realidad!

Para el artista, la juventud es amor y entusiasmo. Todo le es amado, seres y cosas son dignas de interés. Una ardiente ternura lo comunica con el mundo. Odio, envidia, fuerzas negativas no tienen campo en esa floración magnífica de energías nobles y tranquilas. Vive del ideal, lo alimenta la esperanza, una dulce confianza le abre el presente y lo proyecta hacia el futuro. El canto del mundo y el alma entusiasta vibran de pasión.

En la madurez fluyen distintas verdades. Se sabe, ya, que no todo amor hace dichoso, ni cualquier entusiasmo termina edificando. El hombre, más cauto que el artista, ha templado en sosegado miraje su posesión de cuanto lo circunda. Las fuerzas hostiles del contorno se acrecentaron para fortalecerlo en la lucha, en el dolor de comprender. Todo es fricción, todo disputa. Se gana difícilmente, sin la fácil sencillez perdida. El mundo deviene lección magistral, el espíritu una suma de contrarios. La alegría te visita, a veces, pero la experiencia te concedió un melancólico señorío del vivir.

¿Por qué tenías que mudar de la dichosa certidumbre a la esquiva desconfianza?

Desde Kierkegaard, padre de la angustia moderna para el cual lo humano es un "cristianismo evaporado", hasta Rilke el más agudo disector de la problemática del hombre, quien define al héroe como aquel que se sostiene por sí mismo, parecería que abandono y desamparo son las características del varón que declina. Pero no es así. El mundo como zozobra no significa, necesariamente, la derrota final; ni el hombre es malo porque peque y desfallezca. A negadores y acongojados, a pesimistas trascendentales, a pensadores y poetas desgarrados por la duda interior, habría que decirles:

—¡Resiste, resiste varón acosado! Tu dureza esencial es la probanza de tu milicia en el espíritu. Que la angustia no sea señora, sino vasallo de tu pensamiento.

Aislamiento y vinculación: entre ambos oscila el acontecer humano. Porque unas veces sientes el natural anhelo de soledad, y en otras no podrías subsistir sin compañía. Y es imposible establecer las fronteras movibles entre el reino hermético del recogimiento y el territorio mayor que se comparte, porque ambos como se entrecruzan, varían de peso y de grado. Y aun es más difícil definir si el solitario trabaja para participaciones más dilatadas, o si el vinculado concluye su tarea en sorpresivo ensimismamiento. Desde la profunda soledad, brotan los cálidos mensajes de humanidad. Ligado a los demás, confundido en su tarea y su pelea, puede el soldado alzarse a la dignidad de la hazaña que lo perpetúa. Y es habitual que el biógrafo, después de analizar una vida ilustre, vacile antes de pronunciar su veredicto: ¿era realmente un solitario, un ser sociable? Porque es impreciso el margen que separa al aislado del que se vincula. Se puede tener hogar feliz, esposa comprensiva, hijos, amigos y habitar trances o tiempos de recogida intimidad: el alma, sola en sí misma, atendida a su propia perplejidad. O convivir en la muchedumbre, desenvolver actividades compartidas y seguir siendo un solitario. ¿Qué sabe, el rastreador de existencias, de estas mutaciones constantes que alejan y retraen, acercan y devuelven al estado de sociabilidad?

Creas estar solo y una fuerza oculta trabaja por tu vinculación futura. O te sientes engrillado a los demás y estás abriendo camino a la ulterior soledad.

No hay soledad absoluta ni vinculación total. Somos libres, dependemos al mismo tiempo. El más soberbio, es guiado. El indeciso puede resultar señor de su proeza.

Te retiras para concentrarte. Regresas para medirte en los otros. Vivir es compartir. Los mismos hilos que te amaron y confunden tu camino, brujulean hacia tránsitos felices.

¿No es el artista como un niño despierto entre hombres dormidos?

La torre y el torrero cierran su círculo de oro: no pueden abrirlo a los demás. Pero esa recatada intimidad no importa desdén a los otros; puedes defender tu retraimiento creador sin abandono de la actividad social. Hombre y artista a la vez.

La separación sobreviene en modo insensible: lentamente. Porque acontece que ellos llegaron rápidamente, y tu estás partiendo siempre en viajes sin retorno. El que no puede alcanzarte, te envidia; finalmente te detesta.

Y ésta, de la envidia, carga mayor del varón universal, acrecentada en el discurrir de las pequeñas patrias, debe, necesariamente, ser la medida de tu jerarquía espiritual. ¡Desventurado el que sucumbe a sus pérfidos ataques! Fue de grandes, y de fuertes, ignorar al envidioso y al bellaco. Aquí también, quien te atacó, te enalteció. Y ese otro, el más mezquino, que creyó que callando o ignorando sistemáticamente tu nombre y tu renombre, te condenaría al olvido, al final se vio vencido por el justo reconocimiento que trasmontaba las montañas.

No haya queja: toda conjura de los mediocres trabaja para beneficio del laborioso.

En política, mas aun que en artes y en literatura, la discordia de los hombres raya en bajeza y en ferocidad: se busca destruir lo que no se alcanza. Hay que pagar un alto precio por el derecho de conducir. Crees hallarte en la cima, y estás cayendo ya. Te sientes acosado, desmedrado, pero la justicia final te aguarda al fin de la jornada. Nadie sale con honra del torbellino de la política sudamericana. Más que al hombre, las injurias, las calumnias son al ocupante del cargo preeminente.

Si no justo, es explicable: pagas el derecho de ascender.

Sigue, pues, tu deber. Ni alabanzas ni críticas deben torcer tu recto juicio.

En la contienda con los hombres, nunca se conocen anticipados desenlaces. Todo fluye como inserto en la trama de lo inesperado. Circunstancias imprevistas quiebran el cálculo más riguroso. Enérgico, decidido, trabajas rectamente por una causa que te parece justa, y de pronto adviertes que andabas equivocado: cambias de rumbo para recorrer el camino inverso. Todos te apoyan, tu victoria aparenta segura, y un detalle nimio te revela que en verdad eres débil y estás solo. O sucede que en el mayor desfallecimiento una fuerza oculta te saca hacia adelante. No hay profetas, ni amos del destino. El río más encrespado de hechos adversos, en realidad te está empujando a la opuesta ribera salvadora. Pero también acontece que cuando más firme te sientes pilotando multitudes, cavas, sin saberlo, tu propia caída y destrucción. Y no es que tu voluntad se extravíe en el juego ignorado de los flujos humanos; antes bien: entra en ellos, tiene que desenvolverse valerosamente entre la claridad del ideal y la oscuridad necesaria de la acción. Porque ésta es la maravilla de nuestro tránsito terrestre: somos condu-

cidos, siendo guías. No abdicamos, jamás, el derecho de la libre decisión, la facultad o la ilusión de dirigir a los demás. Sabemos, sin embargo, que la grandeza individual no basta para ordenar el juego cósmico. Concurren muchas cosas: secretas influencias, participaciones misteriosas que sólo revela la experiencia. Un hombre, una vida crean ellos mismos su orden en medio de la confusión y del combate.

Te pierdes en el laberinto de los hechos, de afectos y desafectos, de planes y logros laboriosos. Pero allí, en lo alto, a la distancia, una luz centelleante devuelve la confianza: no estás solo ni extraviado.

Perdido, reencontrado, seguro siempre aunque siempre vacile en el pequeño núcleo de su chispa impulsora, el hombre es un campo magnético abierto a las tensiones más encontradas: todo puede ocurrir, nada es definitivo. Nacimos en conflicto y dificultad. Venimos a luchar, a dudar, a transformar al tiempo que nos transformamos a nosotros mismos. La rebeldía y no el bienestar es la meta más alta.

Sagaz disposición aquella que ubicó al hombre entre confusión y esperanza.

¿Cuál será la conciencia más aguda? Aquélla que no se deje abrumar por el vértigo del pensamiento ni se extravíe en el dédalo del mundo. Preguntar, preguntar, indagar siempre... Nunca rendirse a la terrible evidencia de la humana pequeñez, porque justamente de la minúscula criatura que piensa surgen el orden del mundo y la grandeza de la mente que aspira a comprender.

Todo tiene sentido, se dispara a metas admirables, aunque no captes el ritmo interior de su progreso. La patria desventurada te hizo el alma fuerte para luchar por ella. Creciste en soledad, pero tus libros te devolvieron el vínculo fraterno con tus gentes. Rebelde, luchador, siempre inconforme, solitario en el ideal y en la pelea, buscabas en el fondo conciliar, vida compartida, integrarte en tu comunidad y en su destino. Para el amigo, entero. Al desafecto, olvido. Estuviste en la vida de muchos, sólo en tu hacer. Querías verdad, bondad, belleza, mas te asediaron engaños, maldad, ingratitud. Buscabas el sosiego sin dejar de combatir. ¿No ha dicho Camus que el descanso se encuentra en medio mismo de la batalla? Artista solitario, vinculado en tus afectos y en tu medio social, nunca pudiste precisar los límites del ciudadano y del artista. Orgullo no: conciencia de un recatado señorío que se entrega al bien común, reservándose el dominio de las revoluciones interiores. Arte, política, negocios y esa independencia económica jamás lograda que es la madre-necesidad del creador. Maravillado en el paisaje, sediento de libros, sumergido en música y en versos, absorto en lienzos y esculturas, concentrado en la morosa artesanía de tus obras, consagrado al hogar y a la patria ¿qué más podrías pedir?

Ni héroe, ni santo, ni jefe de multitudes. Tu destino fue llegar a las almas, despertar voluntades, persistir en la solitaria vocación del escritor. Humanista: ¿no es trabajar para los otros? Sí; pero la tarea mejor es fruto de interioridad, y precisamente, meditando en soledad, proyectas más lejos la flecha que te desgarras.

De pronto el artista es sustituido por el hombre civil: te mezclas a la feria criolla, absorbes y repartes palos, entregas tiempo y energías a la edificación social. Nadie te lo agradecerá; sólo cosecha de

agravios espera al empeñoso. Así tiene que ser. De la fricción entre hombres se sale desmedrado, fortalecido al mismo tiempo.

Y he aquí que la política, con todos sus males, resulta inevitable ministerio para el varón de comunidad en desarrollo, como las letras y las artes, con sus dones todos, asedian obligadamente al hijo de civilizaciones refinadas.

¿Por qué cambias tu retiro por el tumulto ciudadano? ¿Por qué vuelves, siempre, derrotado al refugio de los libros? Ese tránsito constante de la meditación a la acción, ese volver amargo del hacer al pensar, recuerdan las salidas esperanzadas del caballero de la Mancha, nunca curado de sus fantasmales ambiciones. Ni la experiencia enseña ni el desengaño frena: volverás a fluctuar entre recogimiento y participación, porque éste es el sino de la criatura humana. No hay sendas absolutas para el ser común.

No quieras ser entendido: que el envidioso y el mediocre prosigan atacando. Tú a lo tuyo, y ellos en su charca.

Al atardecer, la meditación de los grandes temas que Minerva reserva al buscador: Dios, filosofía, ciencia.

Si miras con fijeza, observarás que aun en medio de un quehacer desperdigado en minucias e inútiles afanes, camino y caminante se hacían por sí solos. Fuiste el celador de tu tarea, pero unos hilos invisibles se movían desde arriba.

El arte no es soliloquio, sino diálogo con el mundo y con los hombres. La realidad que lo circunda es pues parte irrenunciable de la patria del artista, aunque su obra surja de una exigencia solitaria. Pero si el artista es siempre un inconforme, al varón de soledades tenemos derecho a pedirle participación en el transcurrir comunitario.

Vives: debes vincularte. Creas: puedes ensimismarte en tu tarea.

¿El hombre o el artista? ¡Cuántas veces el uno aniquiló al otro! Dichoso aquel que supo encontrar en su paralela actividad, equilibrio y armonía. Porque ese es el destino natural del ser inteligente: mensajero de acercamientos y no obstante severo vigilante de una distanciada construcción.

La sentencia sofoclea no ha perdido vigencia: de cuantas cosas admirables pueblan el mundo, nada más admirable que el hombre. No es ya el centro ni el dueño del universo. No le acompañan la dicha serena ni el saber equilibrado. Camina vacilante entre sombras, guiado por una luzcita lejana. Se sabe criatura efímera, frágil, inconstante; y sin embargo, por su valor, su poder de reconstitución interna, su ambición nunca satisfecha, sigue siendo el animal más noble de la creación.

Un dios benigno te conduce por el terror del laberinto. Si te abandonas caduca el amparo misterioso. Porque sólo a quien persiste en su tarea le es dado hallar salida y sentido al camino que recorre.

Eres, pues, criatura de amenaza y de esperanza.

Y no es la maravilla mayor que una mano portentosa te salve de peligros, ni que subsistas aun ceñido y acosado por las espinas del contorno. Lo estupendo consiste en que sin poder conocer tu destino, lo adivinas sin precisarlo y trabajas para él. Esa certeza interior contra la inseguridad del mundo, es la probanza de tu sana varonía.

Maestro de almas, artífice de la propia vida: cuán pocos pueden serlo. Prefiere el riesgo y la ventura del eterno aprendiz, abierto siempre a los incentivos del vivir. Porque el hombre se hace entre hombres, sube sin pregón. Y a nadie le fue dado exaltarse sin peligro de caída. Líbrate de lisonjas y diatribas: el camino que te aguarda es largo y siempre diferente. Rompe el temor en tu alma y la soberbia en tu voluntad: eres el único ser en la creación que debe responder por su hacer y su abstención.

El laberinto oprime pero no destruye. La estrella guía mas no puede rescatar sin la concurrencia de tu esfuerzo y tu coraje.

Aun sufriente, dolorido, desgarrado en el combate del mundo y en la discordia de los hombres, asediado por la angustia y la zozobra del tiempo actual, sea, la tuya, palabra de idealista, de humanista:

—Creo en Dios, sirvo a mi Patria, dialogo con mi Pueblo. Porque desde la propia interioridad se parte al encuentro de una fraternidad universal. De los días que me fueron concedidos, no temo al que me pueda aniquilar, sino aquel otro en que deje de ser justo. Serenidad y comprensión son mi respuesta a los negadores. Ni el mundo será destruído ni sus gentes persistirán en extravío. Una nueva conciencia des-punta detrás del horizonte: seguiremos avanzando por los hermosos caminos del Señor. Y al soñador fue confiado que creer es ya crear.